

El arte de habitar no se deja alfabetizar
Jean Robert

Los expertos de todas las tendencias resisten difícilmente a la tentación de oponer lo existente a un “mejor” ideal con lo cual desvaloran lo existente. La *excelencia ideal* sirve demasiado frecuentemente para negar toda benignidad al presente.

Diametralmente opuesta a las expectativas de los expertos, siento el soplo de una esperanza popular que se funda en capacidades y talentos reales.

Mientras cada grupo de expertos reivindica una denominación que lo distinga de los grupos competidores —de ahí la boga de los “ismos”— la esperanza de una vida buena no se deja reducir a ninguna etiqueta.

Para expresar la certidumbre popular de que somos fundamentalmente capaces de dar forma a nuestro concepto de la buena vida y encarnarlo en lugares habitables, hablé del *arte de habitar*. El “arte de habitar” no es ninguna etiqueta que podrían reivindicar expertos. Para mí, fue el título de un libro imaginario, pero este mi sueño ¡requiere una explicación! Poco después de que Gutenberg inventó la imprenta moderna, empezaron a proliferar por toda Europa pequeños manuales llamados “artes”. El más famoso, que se publicó en millones de ejemplares, fue el *ars moriendi* o arte de morir, que enseñaba el arte de morir con dignidad. Imitados del *ars moriendi*, aparecieron rápidamente “artes” para aprender cualquier cosa. Un poco a la manera del *do it yourself* moderno, los “artes” enseñaban los secretos de la buena vida, desde la manera de

comportarse en la mesa hasta cómo acostarse con extraños en la cama común de una posada. Por un esfuerzo de la imaginación traté de figurarme a qué se parecería, hoy en día, un *ars habitandi*.

Mi “arte de habitar” imaginario recopilaría los preceptos que expresan el concepto de lo bueno propio de nuestra época: nos enseñaría cómo habitar un lugar y cómo vivir con los vecinos. Hay que reconocerlo: los textos que seleccioné para *El Gallo* no son los posibles capítulos de un *ars habitandi*.

Los expertos no saben escribir cómo es bueno vivir, porque solo son capaces de exponernos lo que según ellos sería *mejor*. El pueblo por su lado dice para lo que para él es *bueno*, pero no lo escribe. Lo manifiesta en sus barrios, y, cuando no se le paraliza bajo capas de normas escritas, en su manera de construir. En el habla popular, habitar y construir son palabras cercanas como lo demuestra aquel texto de Heidegger sobre “Habitar, construir y pensar”.

Para cada cosa buena, la mente alfabetizada tiene una idea mejor.

En los escritos de los expertos, habitar y construir quedan artificialmente alejados por el golfo insalvable que separa las capacidades populares de la excelencia profesional.

He identificado cinco maneras expertas de ahogar el arte popular de habitar bajo el prejuicio inherente a la mente alfabetizada.

En 1970, varios investigadores reunieron sus esfuerzos para vaticinar lo que iba a ser México en 1980. En “El Perfil de México de 1980”, doctos economistas como Jesús Puente Leyva evaluaban el déficit de viviendas en el país. El resultado podía variar según el modo de definición de las necesidades. En efecto, no se obtenía el mismo resultado si se consideraban las necesidades *sentidas* sin expresarse o las que se *expresaban* sin, a veces, ser sentidas; evaluaciones de las *necesidades comparativas* de metros cuadrados habitables fundadas en

comparaciones interregionales e internacionales no daban las mismas cifras que las que se fundaban en el *diagnóstico* por expertos nacionales.

Pero cualquiera que sea la cantidad, el *déficit de vivienda* era, y es aún, un dispositivo conceptual que permite llevar agua al molino de las constructoras privadas o estatizadas.

Otra etiqueta es la que define la vivienda como un paquete de “bienes y servicios ambientales”, de “Bysa’s” para hablar como los promotores del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente. Aquí, el análisis empezaba donde lo habían dejado los autores del “Perfil de México”. Se destacaba que, aun dedicando a ello la cuarta o la tercera parte de su producto nacional bruto, ningún país de América Latina podría salvar su “déficit de vivienda” con los medios institucionales habituales. Se proponía hacerlo movilizándolo el “potencial constructor del pueblo”. En los escritos de los expertos de las Naciones Unidas, el conjunto abstracto de todos los que hacen su propia casa se empezó a llamar “la mayor constructora del continente”. En este molde se acuñó el concepto de “autoconstrucción”.

Una tercera etiqueta con más antigüedad y respetabilidad que las anteriores es “la cuestión de la vivienda”. Para Engels, la cuestión de la vivienda se reducía a una relación económica de un contexto capitalista. Los que no poseen más que su fuerza de trabajo quedan reducidos a venderse en el mercado de trabajo y a comprar, con el producto de su trabajo, el derecho a residir. El crítico social, aconsejaba Engels, debía concentrar su atención en las relaciones de producción. La cuestión de la vivienda caía para él en la esfera menor de la reproducción.

Emilio Pradilla se ubica aún muy ortodoxamente en la perspectiva de la *cuestión de la vivienda* cuando hace depender el acceso a una vivienda digna de la obtención de un sueldo “que

permita al trabajador cubrir los costos de su reproducción”, (lean: rentar una vivienda decorosa en el mercado de la vivienda).

Una cuarta etiqueta con pretensión de hegemonía es la de *asentamientos humanos*. Por su generalidad, por el uso de arqueólogos, historiadores y hasta especialistas en “etología animal” han hecho de ella, la palabra *asentamiento* tiene pretensiones científicas. La guarida de un zorro y el nido de un gorrión son su “asentamiento”. Definir a la Ciudad de México como el “asentamiento humano” de sus habitantes no es mera tautología. Implica definir al chilango como un animal sedentario. Podemos ver la etiqueta “asentamientos humanos” como el operador que importa metáforas biológicas a la “cuestión de la vivienda”, previamente reducida a categorías económicas.

Finalmente, una quinta etiqueta es la que aún absorbí en mis estudios de arquitectura, en los años 1960. Esta quinta etiqueta (la de los que éramos “los profesionales del dominio construido”) era sencillamente la arquitectura. Considerábamos que toda construcción caía legítimamente en la arquitectura, “nuestro” dominio.

He descartado sucesivamente cinco etiquetas que fueron puestas sobre un hecho social.

Para ser preciso, recordemos esas etiquetas:

1. El déficit de vivienda (indicador económico cuantificable).
2. La autoconstrucción (expresión del “potencial constructor popular”).
3. La cuestión de la vivienda (el análisis de la esfera de “reproducción” desde ser subsumido al de las relaciones de producción).
4. Los asentamientos humanos (la necesidad de anclar “científicamente” la morada de las ciencias sociales y naturales).

5. La arquitectura (construir casas es cosa de profesionistas).

Estas cinco etapas tienen varios presupuestos en común:

- La vivienda es un paquete de bienes y servicios que pueden ser traducidos industrialmente.
- El acto de construir y el acto de habitar pueden ser separados.
- Habitar es consumir bienes y servicios de vivienda.

Por la magia del prefijo “auto”, la etiqueta “auto-construcción” parece reducir la distancia entre el acto de construir y el habitar. Sin embargo, en su forma institucional, la autoconstrucción es poco más que la producción por uno mismo, pero bajo la supervisión de expertos de los bienes y servicios que el sueldo nos permite adquirir. En lo esencial, eso resume la crítica de Pradilla al concepto de autoconstrucción.

Un análisis detallado de estas etiquetas, de su uso como *palabras clave* del discurso social y político exigiría un riguroso esfuerzo de *periodización* que cae fuera del horizonte de este ensayo. Aquí solo intentaré trazar un esbozo manifiestamente sujeto a crítica y revisión.

Hacia el fin de la década de 1950, quien construía o mandaba a construir su casa sin planos y licencias oficiales era ignorado por los arquitectos. La arquitectura se definía como el ámbito de construcción de los edificios públicos y de gran parte de las casas clasemedieras. El volumen de lo realmente construido se dividía así en un dominio “formal” y un dominio “informal”. El dominio formal era la arquitectura. El dominio informal, en cambio, era ignorado, negado cuando no públicamente escondido detrás de bardas cuya edificación era frecuentemente

impuesta por las leyes. Pasada la Segunda Guerra Mundial, los cánones estéticos del *Internacional Style* —una forma empobrecida y vulgarizada de la arquitectura “funcionalista”—, reinaron soberanamente sobre la arquitectura, mientras la construcción informal los ignoraba o los reinterpretaba a su manera, en un equivalente de lo que Bastide llamaba la “interpretación de culturas”.

Hacia 1960, se hizo evidente que “la arquitectura” ya no dominaba el campo de lo realmente construido y los arquitectos empezaron a correr detrás de los constructores reales. De este periodo datan elogios de arquitectos a la *no-arquitectura* comercial, como el famoso ensayo “Aprendiendo de Las Vegas” de Robert Ventura. Es también cuando los arquitectos redescubren el arte de construir tradicional e “informal”. Véase, por ejemplo, el libro de Rudofsky sobre “La arquitectura sin arquitectos”. Para entonces, el *Pop Art* focaliza el ojo público sobre los aspectos triviales de la vida. Lichtenstein manda a las salas de exposición gigantescas botellas de Coca Cola y copias de anuncios publicitarios. Por una conocida inversión, lo anteriormente trivial se vuelve “arte” y, por el tiempo que dura la ambigüedad, vanguardia. Hordas de fotógrafos ensalzan los aspectos *Pop Art* de los barrios “marginales”. Ciudad Nezhualcóyotl es por un tiempo la Meca de la estética fotográfica de las barriadas. Es también la época en la cual valientes jóvenes prefieren el duro aprendizaje de “cómo realmente se construye” en los barrios a las seguridades de las escuelas de arquitectura. Los testimonios de John Turner o de Wiliam Mangin son, al respecto, insustituibles. La arquitectura ha estallado y los arquitectos empiezan a dispersarse y en el mejor de los casos, a juntarse con los que realmente construyen. Llamaría a este periodo *el ocaso de la arquitectura*.

Una nueva legitimidad, sin embargo, ha entrado en gestación en las academias. Primero, se reconoce la capacidad común entre los habitantes de las barriadas de tomar las

decisiones esenciales en la construcción de nuevas casas, de calles y hasta de edificios de uso comunitario. Llamemos a esta fase la del “descubrimiento” del “potencial popular de construcción”. Acto seguido, por medio de artificios verbales, se transforma esta capacidad en un equivalente pobre de lo que suelen producir las constructoras. Las universidades abren una nueva carrera, donde serán producidos los nuevos expertos encargados de racionalizar lo que ya llaman “la empresa pueblo”. Quien toma las decisiones en la construcción de su propia casa se transforma, por la magia de las palabras, en empresario de sí mismo, quien se “auto-ayuda” brindándose a sí mismo los servicios que no puede adquirir en el mercado. La misma lógica transforma, en el debate sobre los transportes, al ciclista en transportador de sí mismo, al peatón en productor pedestre de kilómetros-pasajero. Durante la década de los años setenta los egresados de esta nueva carrera invadieron el sector informal. Importaron ahí palabras inauditas: bienes y servicios ambientales, autoayuda, autoconstrucción dirigida, diseño participativo, *software*. Muchos pretendieron así ensalzar a la gente común, entronizándola en “experta de sus propias necesidades”.

La etiqueta “asentamientos humanos” inauguró una nueva era de discursos pluridisciplinarios, en los cuales arquitectos frustrados de su monopolio perdido, *barriadólogos*, sociólogos y biólogos pudieron creer que hablaban de la misma cosa.

Para entonces, unos espíritus impertinentes —es decir: capaces de observaciones pertinentes algo molestas— recalcaron que, si bien los especialistas pluridisciplinarios parecían haber puesto en circulación palabras-clave que abrían las cerraduras profesionales, la gente ya no los entendía. Más aún: es notable que hasta los más especializados de los expertos vuelven a veces a ser “gentes”. Cuando es “gente”, un arquitecto no dice: “te invito a mi arquitectura”. Y

hasta el campeón de la vivienda económica, el emprendedor de la vivienda popular, dirá a sus amigos: “están en su casa” y nunca “ocupen su vivienda”.

La más antigua de estas cinco etiquetas es “la cuestión de la vivienda”. La primera intuición surge de la lectura, por Engels, de la obra del autor Arthur Muehlberger y de su confrontación con los barrios miseria de Manchester. Pero la forma del panfleto de Engels titulado *La cuestión de la vivienda* nace, como siempre en este autor, de una polémica con un socialista que ha sido un mal lector de Marx.

En México, los postulados implícitos en la cuestión en la vivienda resurgen en el “análisis marxista de la vivienda”, entre otros con el ya mencionado Pradilla y con Schteingart. Su crítica de la autoconstrucción no carece de toda pertinencia cuando describe a la sociedad capitalista como aquella en la cual el trabajador depende de su sueldo no solo para subsistir sino hasta para *habitar*.

Durante el periodo “asentamientos humanos” se ha hecho patente la existencia de un doble discurso sobre el hecho de que habitar es tejer ligas con un lugar y con sus vecinos. La *barriadología* fue el conjunto de artificios lingüísticos mediante los cuales la gente sería “educada” a hablar de “lo suyo”. Postulaba que la gente hablaría de su capacidad de habitar en términos que transformaran esta en demanda de asistencia profesional.

He descartado sucesivamente cinco etiquetas puestas sobre un hecho innegable, el que la gente habita en forma distinta de como se estaciona un coche o se estabula el ganado.

¿Diremos que estas cinco etiquetas encubren el hecho que pretenden describir? Decirlo, sería, a mi parecer, dar testimonio de ingenuidad epistemológica. Considero más apropiado decir que estas cinco etiquetas representan cinco maneras alternativas de construir un hecho social.

Al hablar de déficit de vivienda, de arquitectura, de “empresa pueblo”, de “cuestión de vivienda” o de asentamientos humanos, se construyen hechos sociales de matices diversos. En cada uno de esos matices reconozco la coloración profesional de una peculiar construcción de la realidad. Cada una de estas realidades construidas sucesivamente por la arquitectura, la *barriadología* o la economía ahoga el arte de habitar bajo capas de descripciones de los servicios suministrables a mujeres y hombres inválidos. Ninguna profesión cuestiona ni puede cuestionar —porque le quitaría su legitimidad— lo que a mi me interesa cuestionar: la invalidación de lo bueno por una idea mejor, la relación de *desvalor* que transforma el arte popular de habitar en carencias diagnosticables. Donde hay calles populosas y animadas, los planificadores diagnostican necesidades de circulación; donde los jóvenes aprenden en talleres vecinales, detectan la urgencia de escuelas; traducen la vida exuberante de los patios de vecindad en “demanda” de jardines de niños, de lavaderos higienizados y departamentos profesionalmente diseñados.

Cada construcción profesional de la realidad proyecta desde un ángulo nuevo la sombra del desvalor sobre la percepción popular de lo que es bueno.

Pero la construcción de la realidad por expertos tiene, afortunadamente, límites. Se desmorona cuando un niño —como en el cuento de Andersen— dice en alto lo que ya todos piensan: que los expertos quizás hablen alemán, neerlandés o uncuac, pero que aquí no se le entiende. El definitivo divorcio entre el lenguaje de los expertos y el habla común puede ayudarnos a reconocer que estas construcciones sociales no responden a nuestras aspiraciones profundas.

Eso es, por lo menos, lo que aprendí ayudando a *El Gallo* a seleccionar textos para su encuesta. En mi trabajo de documentalista, coleccioné textos sobre la arquitectura, estudios de

los asentamientos humanos, análisis del déficit de viviendas, preceptos para la autoconstrucción y críticas marxistas. Creía todavía que iba a encontrar un hilo de Ariadna que me llevara del laberinto de estos escritos a los talentos de convivencia de los mexicanos. Esperaba aún leer, por lo menos entre líneas, la referencia a un arte de habitar del cual he recibido mucho. Reconozco que me equivoqué. Los textos con los cuales nuestra época construye su realidad no constituyen ningún *ars habitandi*. En ellos no se encuentran preceptos para la buena vida. Los arquitectos parecen ignorar que se vive con vecinos, por lo que habitar es convivir. Cuando construyen su “déficit de vivienda” con datos estadísticos, los economistas no lo ponen en relación con los preceptos populares sobre lo que juntos podemos hacer y olvidan que no hay peor carencia que tener las manos atadas. La “cuestión de la vivienda” da por muerta toda relación tradicional con la tierra y toda esperanza de fundar nuevos lugares. Los *barriadólogos* no desatan las manos de los constructores populares sino que les enseñan a construir con prótesis.

Nuestra época no tiene *ars habitandi* que se pueda prescribir por medio de textos. En una época que erigió la descripción en su única luz, el arte de habitar se ha hecho clandestino. Prospera en los intersticios de las normas y en las ambigüedades de legislaciones contradictorias. Duerme o revive en lo que nos queda de oralidad. Es rebelde a la forma escrita: no se deja alfabetizar.